

aula abierta

SECCIÓN DEL SUPLEMENTO TRES MIL EN APOYO A LOS PROGRAMAS DE LENGUAJE Y LITERATURA DE EDUCACIÓN MEDIA DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Noche Buena

(Cuentos de Barro, 1933)

Salvador Salazar Arrué (Salarrué)

CUALQUIER AÑO DE BACHILLERATO

La tarde herida cayó detrás del cerro, con lala azul tronchada y el pico dioro entriabrido. El nido de noche quedó solito, con piojío de estrellas y el huevo brillante de la luna. Plumas quedaron angeleando, tristosas.

Los guarumos, altos y chelosos, se miraban en las escuranas, con aspecto de espíretos de palo. La brisa espesa, tufosita y jelada, hacía nadar las ramas en los claros morados del cielo. El sereno mojisco untaba brillos en los bultos de las cosas; y toda la tierra se encaramaba al cielo en olores. Lijaban los grillos, puliendo el silencio.

Por la puerta del rancho embarrancado, salió al pedrero una puñalada de luz. Las sombras acamelladas de los moradores reptaron hasta el patio. Un chucho interpuesto, se había hecho mesa en el umbral.

Poco a poco, la noche se fue alunando en claros hermosos. Desde el patio se columbró el caserío del pueblo. Uno quieto candil estrellaba la calle. En el campanario antiguo, la luna cuajaba, campaneando alegre; y, de cuando en cuando, los cuetes puyaban la carpa tilinte del cielo, chiflando todos luminosos y rebotando con estrépito.

*

La nana se enrolló en el tapado y salió, seguida de los dos cipotes. La Tina tenía once años; era delgadita y pancitinga. Nacho andaba en los cinco: sopladito, pujoso, careto y mocososo. La camisa le campaneaba al haz del ombligo. Caminaba jalado, atrompesándose y con la boca en forma de O, por la trancazón de la ñata. Bajaron al camino rial y cogieron rumbo al pueblo.

Iban, iban..., en silencio, tranqueando por la calle polvorosa que, como una culebra, tenía piel a manchas de sombra y luz. Unos toros pasaban por el llano, empujando la soledad con sus mugidos de brama. Al pasar por La Canoga, frente al rancho de ño Tito, la puerta de luz les cayó encima, asus-

tándoles los ojos, y oyeron la risa de la guitarra. Pasaron en fila. Iban, iban... Como era Noche Buena, había misa de gallo; y se había corrido la bola de que el padre Peraza iba a regalar juguetes a los chicos, después del sermón. La Tina y Nacho no habían tenido juguetes nunca. Jugaban de muñecas, con caragües vestidos de tusas; de tienda, en la piladera; de pulicia, con olotes; y de pelotas, con bolas de morro. Iban, iban... La chucha seca los seguía, rastrera

y tosigosa. Se óiba ya, clarito, el tamborón y el pito que pastoreaban la alegría pueblerina. En una embrocada que se dio el camino, saltó cheleante el pueblo; y, desde la torre de la iglesia, el ojo con dos pestañas del reló se les quedó mirando ceñudo, y no los perdió de vista hasta que embocaron por la plaza.

Había ventas; olía a jumo, a guaro, y a cuete. Se entraba al atrio entre ramas de

coco y pitas empapeladas de colores. El pito y el tambor pastoreaban la alegría.

*

La niña Lola los topó en las gradas.

-¿Habís venido al reparto, Ualía?

-Sí, pué...

-Date priesa, si querés que te les den algo a los cipotes. Ya el padre tá cabando.

La nana jaló la cadena, en busca del reparto; siguió el lateral de la iglesia, y se aculó contra el chumazo e gente que iba entrando encipotada al reparto. La bullanga ensordecía. Entre los que se réiban, pujaban los apretados.

La Ualía seguía aculada, siempre al tanteo de coger puesto. Por fin, llegó hasta la barriga negra del cura. Sonaban trompetas; sonaban chinchines; sonaban tumbimbos.

-¿Y vos? ¿Vos no sos del pueblo, verdá?

-No padre-cura, soy del valle...

-¡Hum, hum!... ¿Tus cipotes nuán venido a la doctrina, verdá?

-No, Señor: tamos lejos...

-¡Hum, hum!... Para vos nuay; para vos nuay... ¿Entendiste? Para vos nuay... Pase lotra, pase, pase...

*

Topadito al cerro, floriaba un lucero. La Ualía iba, por el camino, de güelta.

Con su voz tísica, decía:

-¡Apuráte, Nachito, andá!

La Tina luiba jalando. Nachito decía:

-¿Y ed juguetes, mama?...

La camisa le llegaba al ombligo. Iba tranqueando. A lo lejos, se óiba el río embarrancado. En los claros, salían de los palos brazos negros, que amenazaban el cielo.

-¡Apuráte, Nachito, andá!...

-¿Y ed juguetes, mama?...

Al pasar por el rancho de ño Tito, la puerta de luz les cayó encima, y oyeron la risa de la guitarra.



Salarrué, admirado por el célebre escritor mejicano Juan Rulfo, quien le daba el título de «Maestro».

Salarrué, Noche Buena (Cuento) y Minibiografía] págs. 1 y 2 [. La rana que quería ser una rana auténtica, de Augusto Monterroso] pág. 2 [.

El pastor y las ovejas (Fábula), de Samaniego] pág. 2 [. Subsuelos de la noche, de Eduardo Galeano] pág. 3[. El otro yo, Mario Benedetti] pág. 3[.

El cisne tomado por ganso (Fábula), de Esopo] pág. 3[. El Principito (Fragmentos), de Antoine Saint-Exupéry] pág. 4 [.

Romance sonámbulo y El Primer homenaje a Federico García Lorca] pág. 5 [. El arte de la palabra, de Frei Betto] pág. 6 [¿Por qué escribo?, de Frei Betto] pág. 7 [.

Poesía de Miguel Hernández, héroe de la Guerra Civil española: Beso soy (Antes del odio), El sudor] página 8 [.

Salarrué

Minibiografía

Poeta, pintor y escritor salvadoreño. Nació el 22 de Octubre de 1899 en el departamento de Sonsonate en las cercanías de la ciudad del mismo nombre, camino a Sonzacate.

Publica sus primeros cuentos a la edad de diez años en el Diario de El Salvador. Pinta con gran habilidad y su familia lo manda a estudiar con el profesor italiano Spiro Rossolino. Después parte becado a la Academia de Corcorán de Washington D.C., regresando a San Salvador a la edad de 20 años.

Expuso su obra múltiples veces en diferentes galerías y lugares de El Salvador, así como en Costa Rica, Guatemala, Nueva York, Nueva Orleans y otros. Se le ha considerado como el máximo exponente de la narrativa cuscatleca. Fue cofundador de la nueva corriente narrativa latinoamericana. En sus "Cuentos de Barro" y "Cuentos de Cipotes", trata del mundo campesino. Publicó también novelas, aunque su verdadera maestría estaba en el cuento, siendo uno de los autores que han dado a este género, en Centro América, proyección universal. Falleció en San Salvador el 27 de Noviembre de 1975.

Algunas de sus obras son:

El Cristo Negro, (1939).
El Señor de la Burbuja, (1927).
O' Yarkandal, (1929).
Cuentos de Barro, (1933).
Remotando el Uluán, (1940).
Eso y Más, (1940).
Cuentos de Cipotes, (1945).
Trasmallo, (1954).
La Espada y Otras Narraciones, (1960).
Vilanos (1969).
Íngrimo (1969).
La sed de Sling Bader, (1971).
Catleya Luna, (novela, 1974).
Mundo nomasito, (poesía, 1975).

La Rana que quería ser una rana auténtica

Augusto Monterroso



Augusto Monterroso, escritor guatemalteco

Había una vez una Rana que quería ser una Rana auténtica, y todos los días se esforzaba en ello.

Al principio se compró un espejo en el que se miraba largamente buscando su ansiada autenticidad.

Unas veces parecía encontrarla y otras no, según el humor de ese día o de la hora, hasta que se cansó de esto y guardó el espejo en un baúl.

Por fin pensó que la única forma de conocer su propio valor estaba en la opinión de la gente, y comenzó a peinarse y a vestirse y a desvestirse (cuando no le quedaba otro recurso) para saber si los demás la aprobaban y reconocían que era una Rana auténtica.

Un día observó que lo que más admiraban de ella era su cuerpo, especialmente sus piernas, de manera que se dedicó a hacer sentadillas y a saltar para tener unas ancas cada vez mejores, y sentía que todos la aplaudían.

Y así seguía haciendo esfuerzos hasta que, dispuesta a cualquier cosa para lograr que la consideraran una Rana auténtica, se dejaba arrancar las ancas, y los otros se las comían, y ella todavía alcanzaba a oír con amargura cuando decían que qué buena Rana, que parecía Pollo.

El pastor y las ovejas

Fábula de Samaniego

Apacentando un joven su ganado, gritó desde la cima de un collado: "¡Favor! que viene un lobo, labradores" Estos, abandonando sus labores, acuden prontamente y hallan que es una chanza solamente. Vuelve a llamar, y temen la desgracia; segunda vez los burla. ¡Linda gracia!

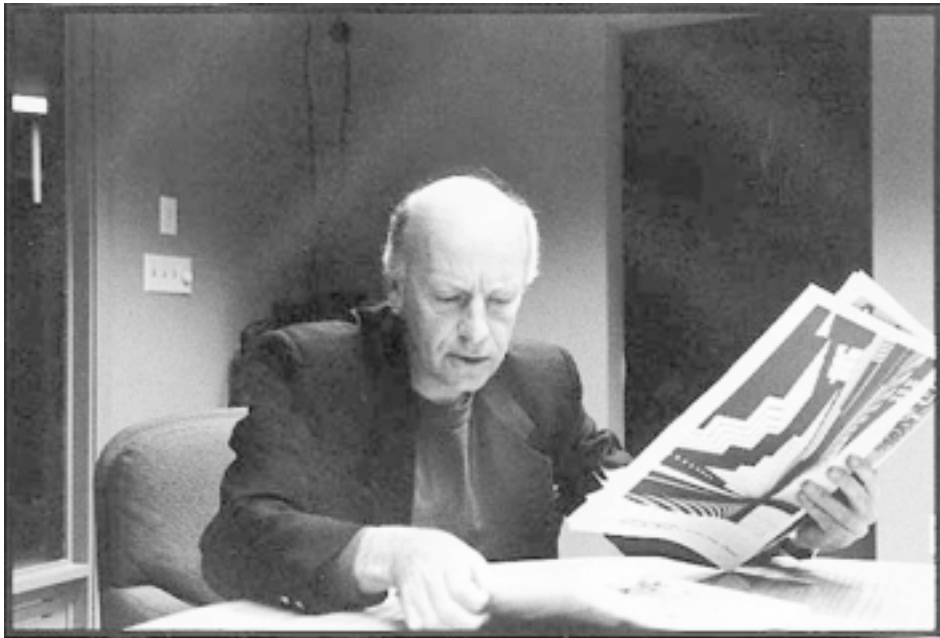


Pero, ¿qué sucedió la vez tercera? Que vino en realidad la hambrienta fiera. Entonces el pastor se desgañita, y por más que patea, llora y grita, no se mueve la gente escarmentada y el lobo le devora la manada.

¡Cuántas veces resulta de un engaño, contra el engañador el mayor daño!

Subsuelos de la noche

Eduardo Galeano



El escritor Eduardo Galeano

Porque esta mujer no se callaba nunca, porque para ella no había una estupidez que no fuera un problema, porque estaba harto de trabajar como un burro de carga, porque no aguantaba más dormir con una estatua con rúleros, por las malas ondas, por la falta de respeto, porque ella le dolía demasiado y porque la vio con otro, él se vio obligado a retorcerle el pescuezo, como si fuera gallina.

Porque este hombre no escuchaba nunca, porque para él no había un problema que no fuera una estupidez, porque estaba harta de trabajar como una mula, porque no aguantaba más dormir con una estatua que roncaba, por los malos tratos, por las burlas, porque él le dolía demasiado y porque lo vio con otra, ella no tuvo más remedio que empujarlo desde un décimo piso, como si fuera bulto.

Al fin de esa noche, desayunaron juntos, como todos los días. Leyeron el diario, ninguna noticia les llamó la atención. Los sueños no salen en los diarios.

Publicado en el periódico mexicano La Jornada.
Tomado de www.rebellion.org

El otro yo

Mario Benedetti

Se trataba de un muchacho corriente: en los pantalones se le formaban rodilleras, leía historietas, hacía ruido cuando comía, se metía los dedos a la nariz, roncaba en la siesta, se llamaba Armando Corriente en todo menos en una cosa: tenía Otro Yo.

El Otro Yo usaba cierta poesía en la mirada, se enamoraba de las actrices, mentía cautelosamente, se emocionaba en los atardeceres. Al muchacho le preocupaba mucho su Otro Yo y le hacía sentirse incómodo frente a sus amigos. Por otra parte el Otro Yo era melancólico, y debido a ello, Armando no podía ser tan vulgar como era su deseo.

Una tarde Armando llegó cansado del trabajo, se quitó los zapatos, movió lenta-



El escritor Mario Benedetti

mente los dedos de los pies y encendió la radio. En la radio estaba Mozart, pero el muchacho se durmió. Cuando despertó el Otro Yo lloraba con desconuelo. En el primer momento, el muchacho no supo que hacer, pero después se rehizo e insultó concienzudamente al Otro Yo. Este no dijo nada, pero a la mañana siguiente se había suicidado.

Al principio la muerte del Otro Yo fue un rudo golpe para el pobre Armando, pero enseguida pensó que ahora sí podría ser enteramente vulgar. Ese pensamiento lo reconfortó.

Sólo llevaba cinco días de luto, cuando salió a la calle con el propósito de lucir su nueva y completa vulgaridad. Desde lejos vio que se acercaban sus amigos. Eso le llenó de felicidad e inmediatamente estalló en risotadas. Sin embargo, cuando pasaron junto a él, ellos no notaron su presencia. Para peor de males, el muchacho alcanzó a escuchar que comentaban: "Pobre Armando. Y pensar que parecía tan fuerte y saludable".

El muchacho no tuvo más remedio que dejar de reír y, al mismo tiempo, sintió a la altura del esternón un ahogo que se parecía bastante a la nostalgia. Pero no pudo sentir auténtica melancolía, porque toda la melancolía se la había llevado el Otro Yo.

El cisne tomado por ganso

Fábula de Esopo



Un hombre muy rico alimentaba a un ganso y a un cisne juntos, aunque con diferente fin a cada uno: uno era para el canto y el otro para la mesa.

Cuando llegó la hora para la cual era alimentado el ganso, era de noche, y la oscuridad no permitía distinguir entre las dos aves. Capturado el cisne en lugar del ganso, entonó su bello canto prelude de muerte. Al oír su voz, el amo lo reconoció y su canto lo salvó de la muerte.

MORALEJA: Antes de tomar una acción sobre alguien o algo, ya sea que le beneficie o perjudique, primero debemos asegurarnos de su verdadera identidad.

El Principito

(fragmentos)

Por Antoine Saint-Exupéry

Capítulo XXII

-¡Buenos días! -dijo el principito.
 -¡Buenos días! -respondió el guardavías.
 -¿Qué haces aquí? -le preguntó el principito.
 -Formo con los viajeros paquetes de mil y despacho los trenes que los llevan, ya a la derecha, ya a la izquierda.
 Y un tren rápido iluminado, rugiendo como el trueno, hizo temblar la caseta del guardavías.
 -Tienen mucha prisa -dijo el principito-. ¿Qué buscan?
 -Ni siquiera el conductor de la locomotora lo sabe -dijo el guardavías.
 Un segundo rápido iluminado rugió en sentido inverso.
 -¿Ya vuelve? -preguntó el principito.
 -No son los mismos -contestó el guardavías-. Es un cambio.
 -¿No se sentían contentos donde estaban?
 -Nunca se siente uno contento donde está -respondió el guardavías.
 Y rugió el trueno de un tercer rápido iluminado.
 -¿Van persiguiendo a los primeros viajeros? -preguntó el principito.
 -No persiguen absolutamente nada -le dijo el guardavías-; duermen o bostezan allí dentro. Únicamente los niños aplastan su nariz contra los vidrios.
 -Únicamente los niños saben lo que buscan -dijo el principito. Pierden el tiempo con una muñeca de trapo que viene a ser lo más importante para ellos y si se la quitan, lloran...
 -¿Qué suerte tienen! -dijo el guardavías.

Capítulo XXIII

-¡Buenos días! -dijo el principito.
 -¡Buenos días! -respondió el comerciante.
 Era un comerciante de píldoras perfeccionadas que quitan la sed. Se toma una por semana y ya no se sienten ganas de beber.
 -¿Por qué vendes eso? -preguntó el principito.
 -Porque con esto se economiza mucho tiempo. Según el cálculo hecho por los expertos, se ahorran cincuenta y tres minutos por semana.
 -¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?
 -Lo que cada uno quiere...
 “Si yo dispusiera de cincuenta y tres minutos -pensó el principito- caminaría suavemente hacia una fuente...”

Capítulo XXIV

Era el octavo día de mi avería en el desierto y había escuchado la historia del comerciante bebiendo la última gota de mi provisión de agua.
 -¡Ah -le dije al principito-, son muy bonitos tus cuentos, pero yo no he reparado mi avión, no tengo nada para beber y sería muy feliz si pudiera irme muy tranquilo en busca de una fuente!
 -Mi amigo el zorro..., me dijo...
 -No se trata ahora del zorro, muchachito...
 -¿Por qué?
 -Porque nos vamos a morir de sed...
 No comprendió mi razonamiento y replicó:

-Es bueno haber tenido un amigo, aún si vamos a morir. Yo estoy muy contento de haber tenido un amigo zorro.

“Es incapaz de medir el peligro -me dije - Nunca tiene hambre ni sed y un poco de sol le basta...”

El principito me miró y respondió a mi pensamiento:

-Tengo sed también... vamos a buscar un pozo...

Tuve un gesto de cansancio; es absurdo buscar un pozo, al azar, en la inmensidad del desierto. Sin embargo, nos pusimos en marcha.

Después de dos horas de caminar en silencio, cayó la noche y las estrellas comenzaron a brillar. Yo las veía como en sueño, pues a causa de la sed tenía un poco de fie-

bre. Las palabras del principito danzaban en mi mente.

-¿Tienes sed, tú también? -le pregunté. Pero no respondió a mi pregunta, diciéndome simplemente:

-El agua puede ser buena también para el corazón...

No comprendí sus palabras, pero me callé; sabía muy bien que no había que interrogarlo.

El principito estaba cansado y se sentó; yo me senté a su lado y después de un silencio me dijo:

-Las estrellas son hermosas, por una flor que no se ve...

Respondí “seguramente” y miré sin hablar los pliegues que la arena formaba bajo la luna.

-El desierto es bello -añadió el principito.

Era verdad; siempre me ha gustado el desierto. Puede uno sentarse en una duna, nada se ve, nada se oye y sin embargo, algo resplandece en el silencio...

-Lo que más embellece al desierto -dijo el principito- es el pozo que oculta en algún sitio...

Me quedé sorprendido al comprender súbitamente ese misterioso resplandor de la arena. Cuando yo era niño vivía en una casa antigua en la que, según la leyenda, había un tesoro escondido. Sin duda que nadie supo jamás descubrirlo y quizás nadie lo buscó, pero parecía toda encantada por ese tesoro. Mi casa ocultaba un secreto en el fondo de su corazón...

-Sí -le dije al principito- ya se trate de la casa, de las estrellas o del desierto, lo que les embellece es invisible.

-Me gusta -dijo el principito- que estés de acuerdo con mi zorro.

Como el principito se dormía, lo tomé en mis brazos y me puse nuevamente en camino. Me sentía emocionado llevando aquel frágil tesoro, y me parecía que nada más frágil había sobre la Tierra. Miraba a la luz de la luna aquella frente pálida, aquellos ojos cerrados, los cabellos agitados por el viento y me decía : “lo que veo es sólo la corteza; lo más importante es invisible...”

Como sus labios entreabiertos esbozaron una sonrisa, me dije: “Lo que más me emociona de este principito dormido es su fidelidad a una flor, es la imagen de la rosa que resplandece en él como la llama de una lámpara, incluso cuando duerme...” Y lo sentí más frágil aún. Pensaba que a las lámparas hay que protegerlas: una racha de viento puede apagarlas...

Continué caminando y al rayar el alba descubrí el pozo.



La extrema pobreza de nuestros principitos salvadoreños en las vías férreas y las covachas de las zonas marginales.

Romance sonámbulo (Verde que te quiero verde)

Federico García Lorca

Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.

Verde que te quiero verde.
Grandes estrellas de escarcha,
vienen con el pez de sombra
que abre el camino del alba.
La higuera frota su viento
con la lija de sus ramas,
y el monte, gato garduño,
eriza sus pitas agrias.
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde?
Ella sigue en su baranda,

verde carne, pelo verde,
soñando en la mar amarga.

--Compadre, quiero cambiar
mi caballo por su casa,
mi montura por su espejo,
mi cuchillo por su manta.
Compadre, vengo sangrando,
desde los puertos de Cabra.
--Si yo pudiera, mocito,
este trato se cerraba.
Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.
--Compadre, quiero morir,
decentemente en mi cama.
De acero, si puede ser,
con las sábanas de holanda.
¿No ves la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?
--Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.
Tu sangre rezuma y huele
alrededor de tu faja.

Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.
--Dejadme subir al menos
hasta las altas barandas,
idejadme subir!, dejadme
hasta las verdes barandas.
Barandales de la luna
por donde retumba el agua.

Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas.
Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.
Temblaban en los tejados
farolillos de hojalata.
Mil panderos de cristal
herían la madrugada.

Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.
Los dos compadres subieron.
El largo viento dejaba
en la boca un raro gusto

de hiel, de menta y de albahaca.
--¡Compadre! ¿Dónde está, dime?
¿Dónde está tu niña amarga?
¡Cuántas veces te esperó!
¡Cuántas veces te esperara,
cara fresca, negro pelo,
en esta verde baranda!

Sobre el rostro del aljibe
se mecía la gitana.
Verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Un carámbano de luna
la sostiene sobre el agua.
La noche se puso íntima
como una pequeña plaza.
Guardias civiles borrachos
en la puerta golpeaban.
Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.
El barco sobre la mar.
Y el caballo en la montaña.

El primer homenaje a García Lorca

Boni Ortiz
Rebelión

Se le vio, caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas, de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.

En el Teatro Robledo de Gijón, los días 13 y 14 de Enero de 1937, se desarrollaron los actos del que pasa por ser el primer homenaje de la España republicana en memoria de Federico García Lorca. Ni la guerra ni la escasez fueron impedimentos graves para que se llevase a cabo esta iniciativa del Ateneo Obrero de Gijón. Patrocinaba los actos la Consejería de Cultura, desempeñada por el escritor y periodista Antonio Ortega. ¡Qué distante les parecería a todos aquel verano de 1932 en que los camiones de "La Barraca" recorrieron Asturias acercando el teatro al pueblo!

Comenzó la velada con la interpretación de "Granada", de Albéniz, por el sexteto "Astoria". Le siguió la lectura por Luis Iniesta del poema de Antonio Machado: "El crimen fue en Granada". A continuación, el Grupo de Ensayos Teatrales del Ateneo Obrero interpretó el prólogo y la estampa primera del Romance popular de Federico García Lorca: "Mariana Pineda". A un intermedio musical en el que el sexteto "Astoria" interpretó las danzas quinta y décima de Granados, le sucedió

la conferencia titulada "Motivos Lorquianos" que pronunció Luis Alvarez Piñer. Durante esta conferencia Luis Iniesta recitó varias poesías del *Romancero gitano*, de García Lorca, acompañándole Alfredo Yáñez a la guitarra. Se interpreta



Federico García Lorca

"Sevilla", de Albéniz, y, por último, otra vez el Grupo de Ensayos Teatrales ocupó el escenario para representar el tercer acto de la obra de autor homenajeado: "Bodas de Sangre".

El éxito total y absoluto del espectáculo en sí y la oportunidad del homenaje propiciaron que su representación se llevara a las otras dos capitales republicanas del Norte: Santander y Bilbao. De regreso en Asturias, con el mismo montaje se organizó una gira por las principales poblaciones de la región.

Derrota, represión y exilio: habrían de pasar más de veinticuatro años hasta que, en Octubre de 1961, se volviera a representar en Gijón una obra de Federico García Lorca: "Los títeres de cachiporra", montada por el grupo teatral Gesto.

Se le vio caminar...
Labrad, amigos,
de piedra y sueño, en el Alhambra,
un túmulo al poeta,
sobre una fuente donde llora el agua,
y eternamente diga:
el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!

Antonio Machado

El arte de la palabra

Frei Betto*

Hace días conversaba con mi traductor en Francia, Richard Roux, que es también profesor de literatura, y me decía que ni siquiera en la tierra de Voltaire y Balzac, Rimbaud y Simone de Beauvoir, los alumnos tienen hoy el hábito de leer literatura; si lo hacen es por leer y no por placer; leen trozos, capítulos, resúmenes, pero no la obra entera.

En el Brasil está constatado el mismo fenómeno. Como observa Claudio Willer, *“las investigaciones demuestran niveles elevados de analfabetismo funcional y nuestros estudiantes, al faltarles el hábito de la lectura, escriben y se expresan mal, y tienen dificultades de razonamiento e interpretación de la realidad”*.

Son muchos los factores que contribuyen a que algunos alumnos universitarios no sepan redactar una carta sin errores de sintaxis y con concordancia o distinguir lo literario de lo no literario cuando están ante una crónica de Machado de Assis o una carta del banco. Falta literatura en los currículos escolares y son raras las bibliotecas de calidad en las instituciones de enseñanza y en los municipios del país. No se sabe lo que no se aprende. Y sin aprendizaje no hay discernimiento ni juicio crítico, corriendo el peligro de confundir el Génesis, primer libro de la Biblia, con una banda de roqueros.

Vivimos en la era de la imagen, bajo el dominio de la informática. El aluvión de imágenes vicia el ojo, hipnotizándolo con el impacto de la instantaneidad, en el que se funden pasado, presente y futuro. Se pierde progresivamente la percepción del carácter histórico del tiempo. Ahora todo parece asequible.

En el siglo 20 la cinematografía introdujo un nuevo concepto de tiempo. Ya no el concepto lineal, histórico, que recorre la Biblia, o las pinturas de Fra Angélico o el Don Quijote de Cervantes. En una película predomina la simultaneidad. Se suprimen las barreras entre tiempo y espacio. El tiempo adquiere carácter espacial, y el espacio carácter temporal. En la película la mirada de la cámara y del espectador pasan con toda libertad del presente al pasado y de éste al futuro. No hay continuidad ininterrumpida.

La televisión, que nació por los años 40, llevó eso al paroxismo: frente a la simultaneidad de tiempos distintos, el único anclaje es el aquí-y-ahora del televidente. Ni hay durabilidad ni dirección irreversible. La línea maestra de la historicidad –en la que se apoyan el relato bíblico y la predicación cristiana– se diluye en el cóctel de sucesos donde todos los tiempos se funden. Fred Astaire aparece muerto y sobre su ataúd se exhiben documentales de sus éxitos en que aparece vivo, bailando en sus películas musicales.

De ese modo, poco a poco, se apaga el horizonte histórico, como las luces de un escenario después del espectáculo. La utopía sale de escena, lo que le permitió a Fukuyama vaticinar: *“Terminó la historia”*. Al contrario de lo que advierte Cohelet en el Eclesiastés, ya no hay tiempo para construir ni para destruir, para amar y para odiar, para hacer la guerra y para establecer la paz. El tiempo es ahora. Y en éste se sobreponen construcción y destrucción, amor y odio, guerra y paz.



El teólogo y escritor brasileño Frei Betto

La felicidad, que en sí resulta de un proyecto temporal, se reduce pues al mero placer instantáneo derivado, preferentemente, de la dilatación del ego (poder, riqueza, proyección personal, etc.) y de los *‘toques’* sensitivos (óptico, epidérmico, gustativo, etc.). La utopía es privatizada. Se resume en el éxito personal. La vida ya no se mueve por ideales ni se justifica por la nobleza de las causas abrazadas. Basta con tener acceso al consumo que trae un excelente confort: el apartamento de lujo, la casa en la playa o en la montaña, el carro nuevo, el teléfono celular, el computador, los viajes de placer. Una isla de prosperidad y de paz inmune a las tribulaciones circundantes de un mundo movido por la violencia. El cielo en la tierra, prometen la publicidad, el turismo, el nuevo equipo electrónico, el banco, la tarjeta de crédito...

Ni la fe escapa a la sustracción de la temporalidad. El reino de Dios deja de situarse *‘al frente’* para ser esperado *‘en la cima’*. Cual mero consuelo subjetivo, la fe se reduce a la esperanza de salvación individual. Es el pasaporte que garantiza al fiel su entrada en el cielo, libre de las asperezas de este tiempo de vida mortal.

Por influencia del cine y de la televisión ahora el tiempo está confinado al carácter subjetivo. Experimentarlo es tener una conciencia tópica del presente. Si en la Edad Media lo sobrenatural justificaba la atmósfera que se respiraba, y en el Iluminismo era la esperanza de futuro la que justificaba la fe en el progreso, ahora lo que importa es el presente inmediato. Se busca ávidamente la eternización del presente. Michael Jackson es eternamente joven y son multitudes las que maltratan su cuerpo como quien sorbe el elixir de la juventud. Moriremos todos saludables y esbeltos.

La destemporalización de la existencia va de la mano con la desculpabilización de la conciencia. Una misma persona vive diferentes experiencias sin preguntarse por principios morales o religiosos, políticos o ideológicos. ¿No hay pastores y obispos corruptos y utopías que terminaron en opresión? ¿No

muestra la televisión al honesto de ayer, estafador hoy, y al bandido haciendo gestos humanitarios? ¿Dónde reside la frontera entre el bien y el mal, lo cierto y lo erróneo, lo pasado y lo futuro? *“Todo lo que es sólido se deshace en el aire”* irrespirable de este comienzo de siglo cuya temporalidad se fragmenta en cortes y desleimientos, *“close-ups”* y *“flashbacks”*, muchas nostalgias y pocas utopías. Mientras las iglesias tratan de llegar a la modernidad, el mundo naufraga en los vientos de la posmodernidad.

Sin embargo, hay algo de positivo en esa simultaneidad, en ese aquí-y-ahora que nos imponen como negación del tiempo. Es la búsqueda de la interioridad. Tiempo místico como tiempo absoluto. Tiempo síntesis/supresión de todos los tiempos. *Kairós*. Es así como irrumpe la eternidad: eterna edad. Puro gozo. Donde la vida es tierna.

En las artes, la música y la poesía se aproximan, de modo ejemplar, a esa simultaneidad que volatiliza el tiempo, imprimiéndole un carácter atemporal. En la música nuestros oídos captan sólo la articulación de unas pocas notas; mas perdura en la emoción el recuerdo de todas las notas que ya sonaron antes. En sí la melodía es inasible, igual que el poema, que es una sucesión rítmica de sílabas y palabras sutiles. Lo que existe es la resonancia de la nota y de la palabra en nuestra subjetividad. De ese modo la secuencia se instauro en nosotros. No es el tiempo cortado en pasado, presente y futuro. Es el presente interminable. El tiempo infinito. Como en el amor, en que lo cotidiano es apenas sólo la marca ordinaria de una inspiración extraordinaria.

Pero estamos tratando de literatura: sujeto, verbo y predicado. En el computador el lenguaje queda reducido a un código exiguo que subvierte toda la estructura del lenguaje. La velocidad del medio impone a la escritura una economía de palabras que se traduce en indigencia de significados. Es como si estuviéramos regresando a los sonidos guturales del tiempo de las cavernas. Ante las reconveniones de una madre preocupada, la

hija de quince años que insistía en salir de casa a medianoche para asistir a una fiesta, preguntó: *“¿Y el quico?”* La madre supuso que se trataba de un amigo de la jovencita y reaccionó diciendo: *“¿Quién es Quico?”* *“Quico, dice la hija, es lo que yo tengo que ver con eso”*.

Los griegos no tenían textos sagrados ni castas sacerdotales. Gracias a la literatura de Homero, producida ocho siglos antes de Cristo, los griegos se apropiaron de una herramienta epistemológica que, todavía hoy, nos da la impresión de que ellos intuyeron todos los conocimientos que la ciencia moderna llegó a descubrir. ¿Qué sería de nuestra cultura sin la matemática de Pitágoras, la geometría de Euclides, la filosofía de Sócrates, Platón y Aristóteles? ¿Qué sería de la teoría de Freud sin el teatro de Sófocles, Eurípides y Esquilo?

Los hebreos le otorgaron al tiempo, gracias a los persas, un carácter histórico y una naturaleza divina. Y produjeron una literatura monumental –la Biblia– que inspira a tres grandes religiones: judaísmo, cristianismo e islamismo. Suprimase el libro de esas tradiciones religiosas y ellas perderían toda identidad y propósito. Y sin embargo, ¿qué escuela exige a sus alumnos que lean a los autores bíblicos? Conozco estudiantes que, al oír hablar de la pelea entre David y Goliath, creían que se trataba de dos luchadores de boxeo. Y otro suponía que las cartas de San Pablo se llamaban así por haber sido escritas en la ciudad de São Paulo.

Un libro tiene comienzo, medio y fin. Como la vida. Las grandes narrativas favorecen nuestra visión histórica y crean el caldo de cultivo en el que brotan las utopías. Pues sin utopía no hay ideal y sin ideal no hay valores ni proyectos. La vida se reduce a un juguete a expensas de las oscilaciones del mercado.

La literatura es el arte de la palabra, y como todo arte recrea la realidad, subvirtiéndola, transformándola, revelando su reverso. Por eso, todo artista es un clon de Dios, pues imprime a lo real un carácter ético y un sabor estético, superando el lenguaje usual y reflejando, de modo sorprendente, la imaginación creadora.

Sin literatura corremos el peligro de encaminarnos hacia la mezquindad de los argots burocráticos, a la farsa del economista que lo explica todo y no justifica casi nada, a la cháchara estéril del lenguaje televisivo, a la logorrea de los discursos políticos, condenándonos a la visión estrecha y a la pobreza de espíritu alejada de cualquier bienaventuranza.

Salvemnos la literatura, para que podamos salvar a la humanidad.

* **Carlos Alberto Libanio Christo**, mejor conocido como **Frei Betto** (Nacido el 25 de agosto del 1944 en Belo Horizonte, Brasil), es un fraile dominico brasileño, teólogo de la liberación. Es autor de más de 50 libros de diversos géneros literarios y de tema religioso. En dos ocasiones -1985 y 2005- fue premiado con el Jabuti, el premio literario más importante de Brasil. En 1986 fue elegido Intelectual del Año por la Unión Brasileña de Escritores. Asesor de movimientos sociales, como las Comunidades Eclesiales de Base y el Movimiento de Trabajadores Rurales sin Tierra. En 2003 y 2004 fue asesor especial del Presidente Luiz Inácio Lula da Silva y coordinador de Movilización Social del Programa Hambre Cero.

Por qué escribo

Frei Betto

Es una pregunta que me hago yo mismo. Y para la cual no tengo una respuesta exclusiva; o, como diría Descartes, clara y distinta. Escribí 48 libros a lo largo de 30 años, aparte de aquellos en que participé como co-autor. Redacto de ocho a diez artículos periodísticos al mes. Y... ¿por qué escribo? Planteo una variedad de hipótesis no excluyentes.

Escribo para construir mi propia identidad. Si hubiese sido criado por lobos, ¿será que me sentiría lobo en el mundo? La identidad es también reflejo de un juego de espejos. Si mis padres y maestros me hubiesen inculcado que soy inútil para las letras, y no me hubiera quedado otra alternativa que trabajar en una mina, quizás hoy -si hubiera sobrevivido- fuese un minero jubilado.

Mi experiencia, sin embargo, fue diferente. Los espejos relucieron en otras direcciones. Ya traía dentro de mí un factor filogenético. Mi padre escribe crónicas. Mi madre publicó siete libros de cocina. El gato de la casa no escribe, pero parece que le gusta leer, a juzgar por el modo como se enrolla en periódicos y revistas.

Viene, además, el factor ontogenético. En segundo año de primaria, en el *Grupo Escolar Barão do Rio Branco*, Belo Horizonte, doña Dercy Passos, que me enseñó el código alfabético, entra en clase con nuestras redacciones bajo el brazo. La profesora pregunta a los alumnos: “¿Por qué no hacen como Carlos Alberto? Él no pide a sus padres que le hagan sus composiciones”. (Hermoso: composición. Promueve la escritura al nivel de la poesía y de la música). La frase elogiosa me sacó del anonimato, infló mi ego, me dio un poco más de seguridad en el arte redaccional.

Me volví un lector ávido. Monteiro Lobato, la colección “*Terramarear*”, el *Tesoro de la Juventud*. No leía con la cabeza sino con los ojos. El texto se me volvía espejo y yo veía mi propio rostro en lugar del perfil anónimo del autor. Más que el contenido, me encantaba la sintaxis, el modo de construir una oración, la fuerza de los verbos, la riqueza de las expresiones, la magia de encontrar el vocablo apropiado para el lugar exacto.

Primer ciclo de secundaria, colegio *Dom Silverio*, de los hermanos maristas, Belo Horizonte. El hermano José Henriques Pereira, profesor de portugués, me espera a la salida de clase. Me llama aparte y dice: “*Usted solamente no será escritor si no quiere*”.

Escribo para manejar estéticamente las fuerzas extrañas que emanan de mi inconsciente. Poco a poco fui descubriendo que nada me da más placer en la vida que escribir. Condenado a hacerlo, iría a prisión perpetua con las letras, con tal que pudiese producir mis textos. A los candidatos a escritor les brindo este criterio: si consigue ser feliz sin escribir, quizá su vocación sea otra. Un verdadero escritor nunca será feliz fuera de este oficio.



Escribo para ser feliz. Barteramente, para tener placer. El sabor del saber. Tanto que, una vez publicado, el texto ya no me pertenece. Es como un hijo que alcanzó la madurez y marchó de casa. Ya no tengo dominio sobre él. Al contrario, son los lectores los que pasan a tener dominio sobre el autor. En ese sentido, toda escritura es una oblación, algo que se ofrece a los demás. Ofrenda narcisista de quien busca superar la devastación de la muerte. El texto eterniza a su autor.

Escribo también para sublimar mi pulsión y dar forma a la babel que me llena interiormente. La literatura es el reverso del psicoanálisis. Quien va al sofá es el lector-analista. Tumbado o recostado, oye nuestras confidencias, descifra nuestros sueños, dibuja nuestro perfil, se da cuenta de nuestros ángeles y demonios. Por eso, así como los psicoanalistas evitan las relaciones de amistad con sus pacientes, yo prefiero mantenerme distante de los lectores. Yo no soy la obra que hago. Ella es mejor y mayor que yo. Mientras tanto, ella me revela con una transparencia que nunca alcanzo en ninguna conversación personal. Tengo miedo de la mirada canibal de los lectores, como si mi persona pudiese corresponder a las fantasías que se forjan a partir de la lectura de mis textos. Tengo miedo también de mi propia fragilidad.

El texto teje la tela de mi coraza. Con ella me visto, en ella me abrigo y me refugio. Es mi nido encantado. Mirador privilegiado desde el cual contemplo el mundo. Desde ahí puedo ajustar los lentes del código alfabético para hablar de religión y política, de arte y ciencia, de amor y dolor. Recreo el mundo. Por eso, escribir exige cierto distanciamiento.

Debiera de haber monasterios en las mon-

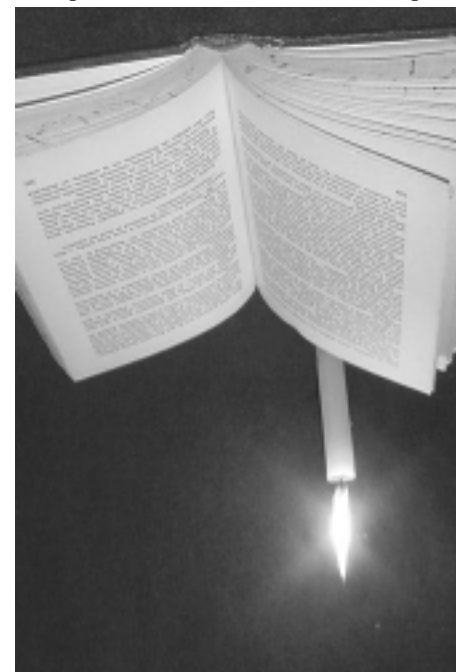
tañas donde los escritores pudieran refugiarse para crear. No puedo ejercer mi oficio textil rodeado de interrupciones, como llamadas telefónicas, idas y venidas, reuniones, etc. Me retiro para hacerlo. Estoy de acuerdo con João Ubaldo Ribeiro cuando afirma: “*Escribir, para mí, es un acto íntimo, tan íntimo que no acierto a escribir frente a alguien, salvo en la redacción del periódico, que es como un sauna, donde todo el mundo está desnudo y no se fija en la desnudez ajena*”.

“*En el principio era el Verbo...*”, proclama el prólogo del evangelio de Juan. Al final también lo será. Verbo que se hace carne y meollo y, aún así, permanece impronunciable. Innombrable. La palabra ara y siembra, pero sus frutos nunca son totalmente saboreables. Polisémico, el verbo es misterio.

“*Escribo por vanidad*”, confesaba el poeta Augusto Federico Schmidt. En general los escritores son insoportablemente vanidosos. Tanto que llegan a crear academias literarias para autoconcederse el título de “*inmortales*”. Allí la mayoría sobrevive a sus propias obras. ¿Qué autor no atribuye una importancia superlativa a lo que escribe? Si el libro no se convierte en best seller y no es elogiado por la crítica, el autor culpa al editor, a la distribuidora, al prejuicio de los medios, a los círculos literarios de las ciudades.

Pero ¿alguien conoce una obra de indiscutible valor literario que haya sido olvidada por haber sido impresa en la imprenta del municipio de Caixa Prego? Lo que vale, temprano o tarde se impone. Lo que no lo tiene, aunque haya sido catapultado a las alturas por los nuevos y millonarios recursos de mercadotecnia, no perdura. El buen texto es aquel que deja regusto en el paladar del alma. Deseo de leerlo de nuevo.

Todo texto, sin embargo, depende del contexto. Por eso, dos lectores tienen diferentes apreciaciones del mismo libro. Cada uno lee a partir de su contexto. La cabeza pien-



sa donde pisan los pies. El contexto proporciona la óptica que penetra más o menos en la riqueza del texto. Un alemán tiene más posibilidades de saborear a Goethe que un brasileño. Éste, a su vez, gana al alemán al incursionar en los grandes caminos y trayectos de Guimarães Rosa. Desde mi contexto leo el texto y extraigo, para mi vida, el pretexto.

Escribo en computador. Cuando busco un tratamiento estético más depurado, lo hago a mano. Hemingway escribía de pie. Kipling con tinta negra, en cuadernos de hojas azules con márgenes blancos, hechos especialmente para él. Henry James hacía un esbozo escena por escena antes de comenzar una novela. Faulkner decía que “*oía voces*”. Dorothy Parker confesaba: “*No consigo escribir cinco palabras sin que cambie siete*”. Escribir es cortar palabras y modificar frases.

Escribo para asegurar mi sustento, que no viene como maná del cielo ni de la iglesia, gracias a Dios. Un libro da dinero, como la lotería: para unos pocos. En este país de analfabetos, donde los alfabetizados no tienen hábito de lectura, y las pequeñas tiradas editoriales encarecen el costo del producto, vivir de derechos de autor es privilegio de una Ruth Rocha y de un Paulo Coelho. Mío también, guardadas las proporciones. Porque tengo muchos libros, destinados a diferentes segmentos de lectores y, como religioso y célibe, un costo de vida relativamente reducido. Si tuviera familia, sería difícil vivir de esos derechos de autor.

Escribo para exponer mi “*sentimiento de mundo*”, en expresión del escritor Carlos Drummond de Andrade. Intentar decir lo indecible, describir el misterio y ejercer, como artista, mi vocación de clon de Dios. Sólo sé decir el mundo a través de las palabras. Sólo sé comprender este pez sutil e indomable -lo real- a través del escrito. Es mi forma de oración.

Quizás, por esa misma razón, Dios haya preferido la literatura para expresarse. Podía haberlo hecho mediante la pintura o la escultura. Podía haber esperado al cine, a la fotografía, a la televisión o a la cibernética. No, escogió un texto, la Biblia.

Hombre de fe, escribo porque hay algo de divino en este oficio que desciende a las profundidades de lo humano, volviéndolas trascendentales.

Escribo, en fin, porque no sé hacer otra cosa ni tengo motivos para dejar de hacerlo.

Aún así, me sigo preguntando: ¿por qué escribo? Y tengo ansias de confesar que, en el fondo, es para impedir que se cure la locura que, tras esa aparente formalidad, hace de mí un hombre embriagadoramente alucinado.

Textos tomados de www.alainet.org

Poesía de Miguel Hernández

Héroe de la Guerra Civil española

Beso soy (Antes del odio)

Beso soy, sombra con sombra.
Beso, dolor con dolor,
por haberme enamorado,
corazón sin corazón,
de las cosas, del aliento
sin sombra de la creación.
Sed con agua en la distancia,
pero sed alrededor.

Corazón en una copa
donde me lo bebo yo
y no se lo bebe nadie,
nadie sabe su sabor.
Odio, vida: ¡cuánto odio
sólo por amor!

No es posible acariciarte
con las manos que me dio
el fuego de más deseo,
el ansia de más ardor.
Varias alas, varios vuelos
abaten en ellas hoy
hierros que cercan las venas
y las muerden con rencor.

Por amor, vida, abatido,
pájaro sin remisión.
Sólo por amor odiado,
sólo por amor.

Amor, tu bóveda arriba
y yo abajo siempre, amor,
sin otra luz que estas ansias,
sin otra iluminación.
Mírame aquí encadenado,
escupido, sin calor
a los pies de la tiniebla
más súbita, más feroz
comiendo pan y cuchillo
como buen trabajador
y a veces cuchillo solo,
sólo por amor.

Todo lo que significa
golondrinas, ascensión,
claridad, anchura, aire,
decidido espacio, sol,
horizonte aleteante,
sepultado en un rincón.
Espesura, mar, desierto,
sangre, monte rodador,
libertades de mi alma
clamorosas de pasión,
desfilando por mi cuerpo,
donde no se quedan, no,
pero donde se despliegan,
sólo por amor.

Porque dentro de la triste
guirnalda del eslabón,
del sabor a carcelero
constante y a paredón,
y a precipicio en acecho,
alto, alegre, libre soy
Alto, alegre, libre, libre,
sólo por amor.

No, no hay cárcel para el hombre.
No podrán atarme, no.
Este mundo de cadenas
mes es pequeño y exterior.
¿Quién encierra una sonrisa?
¿Quién amuralla una voz?
A lo lejos tú, más sola
que la muerte, la una y yo.
A lo lejos tú, sintiendo
en tus brazos mi prisión,
en tus brazos donde late
la libertad de los dos.
Libre soy, siénteme libre.
Sólo por amor.

El sudor



En el mar halla el agua su paraíso ansiado
y el sudor su horizonte, su fragor, su plumaje.
El sudor es un árbol desbordante y salado,
un voraz oleaje.

Llega desde la edad del mundo más remota
a ofrecer a la tierra su copa sacudida,
a sustentar la sed y la sal gota a gota,
a iluminar la vida.

Hijo del movimiento, primo del sol, hermano
de la lágrima, deja rodando por las eras,
del abril al octubre, del invierno al verano,
áureas enredaderas.

Cuando los campesinos van por la madrugada
a favor de la esteva* removiendo el reposo,
se visten una blusa silenciosa y dorada
de sudor silencioso.

Vestidura de oro de los trabajadores,
adorno de las manos como de las pupilas.
Por la atmósfera esparce sus fecundos olores
una lluvia de axilas.

El sabor de la tierra se enriquece y madura:
caen los copos del llanto laborioso y oliente,
maná de los varones y de la agricultura,
bebida de mi frente.

Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yertos
en el ocio sin brazos, sin música, sin poros,
no usaréis la corona de los poros abiertos
ni el poder de los toros.

Viviréis maloliendo, moriréis apagados:
la encendida hermosura reside en los talones
de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados
como constelaciones.

Entregad al trabajo, compañeros, las frentes:
que el sudor, con su espada de sabrosos cristales,
con sus lentos diluvios, os hará transparentes,
venturosos, iguales.

FE DE ERRATA

En la página 8 del Aula Abierta 45 (anterior), se calzó mal la autoría al artículo *Borges y yo*, atribuyéndosele erróneamente a José Saramago, siendo lo correcto Jorge Luis Borges. Favor tomar nota.

* Esteva: Pieza corva y trasera del arado, sobre la cual lleva la mano quien ara, para dirigir la reja y apretarla contra la tierra (DRAE, 2008).

